

La exposición Romero Calvet

por Manuel Abril

R cuantos ven los dibujos que Romero Calvet expone actualmente en el Ateneo de Madrid oigo decir lo mismo: «Si... Romero Calvet... He visto cosas suyas; pero, ¿quién es? ¿De qué vive? ¿Dónde se le ve?»

Nadie le ha visto; casi nadie le conoce; no se sabe de sitio alguno en donde se reuna con profesionales y amigos.

Y esto es grave, porque, según es sabido, para conocer la obra de un artista y apreciarla en toda su valía es necesario conocer al autor, su persona, su vida y su época.

Rafael Romero no es conocido personalmente de nadie porque no es persona; es gnomo.

Esta es la verdad que todo el mundo ignora. Con ella se explican todos los aspectos, maravillas y variedades de la obra.

Está oculto, invisible; lleva existencia esquivada, solitaria, ignorada; nadie ha podido ver nunca un retrato suyo en los periódicos; todo por eso, porque es gnomo, y huyendo del trato con las gentes se pierde, solitario, escondido, sabe Dios por qué maravillosos alcázares de su propiedad exclusiva.

Nadie le ve y él lo ve todo; no tiene la menor noticia de los grandes ilustradores europeos, y parece que de todos hubo de aprender lo mucho, muchísimo que sabe; nadie le enseñó apenas, y no hay dificultad de concepción ó de técnica que no resuelva con facilidad, con soltura, con perfección impecable.

Parece haber algo de brujería en todo esto, y, en efecto, la hay. Su arte es mágico, su técnica es mágica, su persona también, y es que los gnomos son personajes que saben no poco de magias y de alquimias por ser duendecillos que andan por vericuetos subterráneos en pacto con espíritus.

Romero Calvet — como sus congéneres los gnomos — sabe de todo lo fantástico porque él es fantástico también; conoce bien las brujas de cara de vieja y cola de zorro que vuelan por los cielos nocturnos (véase en la exposición el dibujo *Aquelarre*), y las viejas de ciencia esotérica que hacen invocaciones malélicas en las chimeneas de campana (véase el dibujo *Invocación*); conoce los vegetes misteriosos que urden enigmáticas mescolanzas en sus laboratorios, y los espíritus fantasmales que echan el mal de ojo á los hombres, sorbiéndoles en la vorágine de una espiral vertiginosa y agorera (véase *Mal de ojo*). En *La novia de los locos*, cuento escrito por el autor, se encuentran los perfumes personificados en toda clase de duendes y seres caprichosos y minúsculos, con tal riqueza en la variedad y lógica sólo aseguibles á quien conoce y haya sentido ese mundo que nosotros sólo conocemos por las referencias de los cuentos. El gnomo pertenece á ese mundo del universo convencional, *Jeeriqué*, fantástico y un si es no es diabólico. Romero Calvet, por tanto, siente predilección natural, según instinto y ley genérica, por lo fantástico arbitrario, por la fauna, la flora y los seres semihumanos que pueblan la región donde habitan endriagos, dragones, hadas, brujas, duendes y gnomos.

De la naturaleza real, de la muestra, prefiere lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande; to-

de lo menos corriente y menos atendido; todo aquello de la naturaleza que más se aproxima á lo maravilloso: el insecto de irisaciones metálicas, de esmaltes espléndidos; la oruguilla terciopelosa; el caracol de cara tornasol y cuernos burlescos; la mariposa y la libélula; la mariquita y la cigarra. Si se trata de vegetación, aquélla que apenas si distinguen ojos humanos: las florecillas escondidas y humildes que, vistas al detalle, aparecen fastuosas de líneas y colores opulentos; donde trajinan bicharraquillos diligentes ó duermen coleópteros cachazudos, pensadores...

Todo esto lo desatiende el hombre, de ordinario; pero el gnomo lo ve, porque el gnomo se mete por las madrigueras, por las galerías vastas y regias de las hormigas ó por los agujeros de los grillos, y como es enanillo, minúsculo á las veces, ve bien de cerca la

que se deba á obsesión de hombre á quien la muerte preocupa, no; los esqueletos son para él camaradas joviales y simpáticos: ni en los dibujos ni en el texto del excelentísimo cuento *La fuga*, que en este mismo número se publica, cuya acción ocurre en un cementerio, se encuentran nunca reflexiones amargas ante la muerte, ni tampoco ironías ó humorismos hamletianos; sabido es que los gnomos salen de noche solamente y en sus correrías nocturnas van por los cementerios como por otra parte cualquiera, y así, los esqueletos, para ellos, son... unos transeuntes, un elemento más de la noche, como los fuegos fatuos, los murciélagos, el buho, el ciprés ó la luna. Rafael Romero Calvet, gnomo, si se encontrara á la muerte por los caminos, en vez de aterrizarse, como nosotros, los hombres, se pondría á charlar con ella y echaría una apuesta con *la Seca* á ver quién se saltaba con más limpieza la guadaña...

Hay otras características, de índole diferente, en la obra de Romero Calvet. Primeramente, los paisajes, de poesía tan sencilla y enorme como el de la acuarela *La del alba sería*, y este otro dibujo estupendo que, recordando un verso de Mesa, *Bajo el sol se aduerme el llano...*, da la sobria y austera y serena melancolía de un sembradío castellano. Luego, su acierto al dibujar rostros de mujer, como *La hija del tapicero*, en los que, aparte la finura y belleza del dibujo, queda el carácter de la expresión dando, como un perfume, toda la vida material y espiritual de la persona. En estas dos manifestaciones de su arte no hay nada fantástico, ni exótico, ni siquiera poco frecuente: lo corriente y vulgar, expresado con sencillez; pero sentido con hondura.

Los dolores humanos, los conflictos de corazón ó pensamiento, no vienen á turbar su arte, ni siquiera en forma de ligera alusión.

Contempla y crea, en arte, como un indiferente ó como un impassible. Es arte puro lo que él ve, lo que atiende en la vida. Si hay amarguras, dudas, luchas, injusticias ó hastío, á él no le atañe, y en teniendo un espectáculo de arte que crear, lo concibe y lo ejecuta con asombrosas facultades, sin que cuidados ajenos le hagan temblar la mano. El gnomo es hombre en parte; puede sentir, ver y comprender.

Esta cualidad no se debe á la circunstancia de ser gnomo tan sólo; se debe á ser gnomo malagueño.

Rafael Romero Calvet desciende, según parece — aunque esto no es seguro —, de unos gusanos que cuidaban por cuevas de Marbella, tesoros y donce-

llas cristianas robadas y escondidas por los árabes cuando se hallaba Andalucía en su poder y dividida en reinos de Taifes.

Ved cómo — por gnomo y por árabe — este muchacho, que á los veintisiete años ha dejado estupefacto á Madrid con sus dibujos en la exposición de ellos que actualmente celebra el Ateneo, tiene una doble determinante que le fuerza á huir de la gente, á pasar desconocido, escondido, entre todos; á ser invisible; á ejecutar diabluras de dibujo como cosa de magia; á jugar con lo fantástico, lo arbitrario, lo exótico; á intensificar dramáticamente lo humano; á comprenderlo todo, intentar y realizar todo, y á guardar, lejos de las miradas nuestras, la riquísima riqueza interior.



LA OLA

(Dibujo de Romero Calvet)

vegetación liliputiense, los animalillos que por ella circulan, y ve todo ello con el detallismo y hasta con las proporciones agrandadas, desmesuradas, pero lógicas, conque Romero Calvet, por ser gnom, ve y dibuja esos elementos referidos.

Su originalidad es ésta: natural, espontánea, de instinto. Si tan á menudo reproduce lo exótico no se vislumbra nunca indicio alguno para sospechar que ello lo haga por prurito de rarezas; bien al contrario, siéntese que, en aquel medio, se mueve el autor con desembarazo de familiarizado. Ello es por la razón indicada de su naturaleza gnómica.

Otro *leig-motiv* que aparece insistentemente en su obra es de los esqueletos y cementerios. No creáis